

Homilía de los mártires*

He intentado organizar la homilía, esta noche, siguiendo la tradición eclesial latinoamericana del ver, juzgar y actuar. Este método nos sugiere que, primero, veamos nuestra realidad; que, después, la juzguemos a la luz de la palabra de Dios; y, por último, que la reflexión resultante la apliquemos a nuestra vida, buscando aquellas acciones concretas que nos lleven a responder al llamado de Dios en nuestra realidad concreta, buscando hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas.

Ver la realidad que vivimos

La realidad de El Salvador, aunque haya podido cambiar en algunos detalles, sigue siendo muy similar desde hace muchas décadas, y la podemos caracterizar de la siguiente manera:

En lo económico, lo característico es la situación de desigualdad, de gran precariedad para una importante parte de la población, y una riqueza escandalosa para un grupo muy pequeño de esta. Según los estudios últimos sobre pobreza multidimensional, esta alcanza al 35.2 % de los hogares de nuestro país. La quinta parte más pobre de nuestro país vive apenas con el 5 % de los ingresos totales, mientras que la quinta parte más rica de la población acapara el 47 % del total de los ingresos del país.

La realidad del empleo es también dolorosa. Apenas el 40 % de la población económicamente activa tiene un empleo; de estos la mitad son considerados empleos decentes por la OIT, mientras que el resto vive de la mal llamada economía informal. Las oportunidades de empleo para los jóvenes son escasas y son cada día más los ni estudian ni trabajan. Los jóvenes de las áreas rurales están emigrando en masa, y esta migración no se detiene por muchas dificultades que se pongan en el camino a través de México o por las barreras construidas en la frontera estadounidense. A la migración en busca de trabajo se suma ahora la migración forzada por la violencia y la inseguridad.

En lo que respecta a los derechos humanos, si bien es cierto que, desde los acuerdos de paz, se ha avanzado en el respeto a los derechos civiles y políticos, no se han logrado avances significativos en los llamados derechos económicos y sociales, como son los derechos al trabajo digno, a una vivienda digna, a una educación de calidad, a la salud, a la igualdad de oportunidades.

* Homilía pronunciada por el P. Andreu Oliva, S. J., el 14 de noviembre de 2015, durante la eucaristía celebrada por el XXIV aniversario del asesinato de los mártires jesuitas, en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

La cultura machista sigue siendo preponderante, y ello no afecta solamente a las mujeres, nos afecta a todos. La supremacía del varón en la política y en la economía, la violencia intrafamiliar, las grandes diferencias entre las oportunidades para hombres y las oportunidades para mujeres nos impiden encontrar un camino de igualdad para ambos y es un obstáculo a la construcción de un proyecto de realización común. Pero también es justo y necesario reconocer que, en nuestro país, son muchas las mujeres que a diario luchan por la defensa de sus derechos, por la igualdad, por su plena liberación y que su esfuerzo va teniendo un impacto importante.

Vivimos atrapados por una cultura consumista y materialista, que nos ha convencido de que la felicidad está en el consumir y en el tener más. Se vive para consumir: para tener el último modelo de celular, el TV plasma más grande, la *tablet*, el carro más lujoso, comer en los *food court* de los centros comerciales... Esta cultura consumista y materialista está arrastrando a muchos al fracaso y a la pobreza; y a otros, a querer ser cada vez más ricos y, por ende, más insolidarios. A unos los empuja a la delincuencia y a otros a la corrupción. Es una cultura que nos convierte en servidores del dios Mamón.

Pero, además, la realidad de muerte y de criminalidad es cada vez más presente, con el dolor y el sufrimiento que provoca, con las graves y negativas consecuencias para una vida en paz y bienestar. Con más de 30 000 personas adultas en las cárceles, somos uno de los países con más alta tasa de población privada de libertad, en condiciones de alto hacinamiento y ocio que impiden cualquier rehabilitación. Son personas sin futuro, pues la sociedad no les ofrece ninguna otra posibilidad para caminar hacia la humanización. La grave situación de inseguridad ciudadana que padecemos y a la que no se le encuentra una solución, causada tanto por la violencia de pandillas, el crimen común y el crimen organizado, imposibilita la libertad. Es un cáncer que corrompe la sociedad, que genera malestar y zozobra en la gente, especialmente entre los más pobres.

¿Qué nos dice la palabra de Dios a esta situación?

Las lecturas de hoy nos señalan con claridad que Dios no es indiferente a las realidades que viven los pueblos, sino todo lo contrario, está pendiente de ellas. En el libro del Éxodo, Dios ve la aflicción de su pueblo, escucha su clamor ante sus opresores y conoce sus sufrimientos. Dios no quiere que su pueblo viva oprimido y se compromete con su liberación.

Dios no quiere la opresión de un ser humano por otro ser humano, sea del tipo que sea. Por el contrario, su sueño es que las personas y los pueblos sean plenamente libres. Dios conoce el sufrimiento del pueblo salvadoreño, por la pobreza, por los trabajos duros y mal pagados (maquilas, cortes de caña y café, vigilantes, *call centers*, etc.), de los que pasan toda la jornada tratando de ganar unos pocos dólares recorriendo las calles, de los que sufren la violencia, de las mujeres abusadas y maltratadas víctimas del machismo. Y a Dios le duele este sufrimiento fruto de la opresión, y que no seamos

plenamente libres. Tampoco le ha de agradar que el consumismo materialista nos esclavice, aun cuando no seamos conscientes de ello, y nos invita a liberarnos. Él mismo se pone a nuestro lado para hacer juntos ese camino de liberación, como lo hizo con los mártires.

El Evangelio de Mateo nos presenta a un Dios que juzga a las personas exclusivamente por sus actitudes en relación al prójimo. Mientras condena y maldice a los que han vivido indiferentes ante el dolor ajeno, alaba y llama benditas a todas las personas que se han mostrado compasivas y solidarias con sus prójimos: aquellos que alimentaron al hambriento, recibieron en su casa al emigrante, compartieron su ropa con el desnudo, cuidaron del enfermo, visitaron al encarcelado, esos son los que hicieron lo que agrada a Dios, y por ello les da en posesión su reino. Para Jesús son benditos porque ellos sí descubrieron el verdadero sentido de la vida, la verdadera hermandad, practicaron la compasión y el amor al prójimo, fueron justos como Dios, libres para hacer el bien, para amar, y de ese modo se hicieron acreedores del destino al que estamos llamados cada uno de nosotros, tomar posesión del Reino de Dios, el reino de amor, de justicia y de paz, del que ya participan los mártires.

Lo mismo nos repite el salmo 112, la verdadera felicidad se alcanza viviendo con honradez, haciendo el bien, al compadecernos ante el hermano oprimido o necesitado, siendo generosos con los pobres, actuando con justicia. Y promete que los que vivan así tendrán siempre a Dios a su lado, podrán confiar en Él plenamente.

Pero, quizás, lo que más nos cuesta entender es que Dios se identifique con el necesitado, con el que sufre, con el preso, con el hambriento: “En verdad les digo que, cuando lo hicieron con algunos de estos más pequeños, que son mis hermanos, lo hicieron conmigo”. Lo mismo señala la Primera Carta de Juan, “Cuando alguien goza de las riquezas de este mundo y, viendo a su hermano en apuros, le cierra su corazón, ¿cómo puede decir que el amor de Dios está en él?”. Oigan esto, que es muy importante: no amamos a Dios si no somos capaces de compartir con nuestros hermanos en apuros, si le negamos una mano al que necesita de nuestra ayuda, si nos preocupamos más de cuidar las riquezas que de compartirlas con los pobres.

El Nuevo Testamento es claro en decir que solo hay una manera de amar a Dios: amando a los hermanos. Y la manera más sublime de manifestar ese amor es la de Jesús, que dio su vida por todos nosotros, ejemplo que siguieron los mártires. Ellos también entregaron la vida por este pueblo, para que todos tuvieran vida abundante, vivieran en paz, se les reconociera su dignidad humana. Para que El Salvador y todos los salvadoreños y todas las salvadoreñas vivieran libres de opresión, tanto externa como interna, así dejaron evidencia de su gran amor a Dios.

A qué nos llama la palabra de Dios ante nuestra realidad

Entiendo que los que estamos aquí esta noche, los que recordamos y honramos a nuestros mártires lo hacemos porque su vida y su muerte nos

ha marcado. Estamos aquí porque en sus vidas encontramos algo que nos inspira, y de algún modo deseamos continuar su ejemplo. Estamos aquí esta noche, porque —al igual que monseñor Romero, los mártires de la UCA y miles de hombres y mujeres que entregaron su vida— queremos sumarnos al proyecto de libertad, de amor, de justicia y de paz que anunció Jesús de Nazaret. Y queremos que este proyecto se haga realidad aquí y por eso le pedimos a Dios: “Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo”.

Los mártires, al igual que Moisés, sintieron el llamado de Dios a ponerse al lado de la liberación de su pueblo; aunque pudieron sentir que era una tarea grande y difícil, fueron dóciles al llamado de Dios y se entregaron de lleno a la tarea. No escatimaron esfuerzos ni trataron de esquivar los riesgos que ello les implicaba. Eso es lo que nos toca también a nosotros. Esta palabra escuchada hoy y la palabra expresada en la vida y la muerte de los mártires nos llama a ponernos a su lado, a seguir su ejemplo, a superar la indiferencia, oponernos a toda clase de mal y sumarnos a la lucha por la verdadera liberación. Así como ellos lo hicieron, y como nos invita el Evangelio de Jesús, pongámonos al lado de las víctimas, de los pobres, de los oprimidos, y seamos sus verdaderos hermanos solidarios y compasivos. Atendamos a los que pasan hambre, a los que tienen sed, a las viudas y a los huérfanos, apoyemos a las familias que tienen que abandonar sus hogares a la fuerza, consolemos a las familias que ven asesinar a sus hijos, sepamos estar al lado de toda persona que sufre.

Pero, dado que mucho de lo que vivimos es fruto de un sistema económico y social injusto, no podemos quedarnos solo en las obras de caridad. Debemos levantar nuestra voz contra este sistema que es fruto del pecado, un sistema que nos está deshumanizando, que no es capaz de ofrecer una vida digna a todos los hombres y mujeres de este país. Un sistema que ha endiosado al capital y le ofrece como sacrificio a miles de víctimas humanas y que, por tanto, se opone al proyecto de vida que Dios quiere para toda la humanidad.

Optar por la vida es asumir nuestra responsabilidad de transformar este mundo para que venga a nosotros el Reino de Dios Padre. Por eso tenemos que exigir una reforma fiscal, a fin de que el Estado tenga los recursos suficientes para ofrecer servicios sociales (educación, salud, sistema de protección universal) de calidad, especialmente a la población que vive en la pobreza; tenemos que luchar por un salario digno para todos los trabajadores y las trabajadoras que permita una vida más holgada. Debemos defender el derecho al agua y el derecho a la alimentación. Debemos reclamar la mejora de las condiciones de vida en las cárceles y que estas sean espacios adecuados para la rehabilitación y posibiliten la reinserción social. Tenemos que exigir el cuidado de la naturaleza, pues, como dice el papa Francisco, no se puede separar el cuidar la naturaleza del cuidar a los pobres, y por ello debe exigirse la prohibición de la minería metálica en El Salvador, porque es incompatible con la vida humana y permitiría darle culto al oro. Debemos exigir programas serios y amplios de prevención para la juventud. No

podemos permitir ninguna clase de corrupción ni la apropiación o malversación de los bienes públicos.

Estas serían algunas acciones fundamentales que supondrían que como sociedad asumimos la liberación de los oprimidos y la promoción de la igual dignidad de los hijos e hijas de Dios. Y si todo esto nos parece una tarea muy ardua, tomemos como ánimo las palabras del papa Francisco a las organizaciones sociales: “Ustedes pueden hacer mucho. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas”.

No puedo terminar sin hacer referencia a la tragedia que ocurrió ayer en Francia, en donde varios atentados terroristas causaron en un día más de 160 personas asesinadas. Ese mismo número de asesinatos ha tenido lugar en un fin de semana en El Salvador en más de una ocasión. Una vez más, allá en Francia y también en nuestro país, el salmo que hemos leído nos alerta: “No imitemos a Caín, que, por haber sido ganado por el Maligno, mató a su hermano”. El enfrentamiento y la destrucción de unos seres humanos por otros serán siempre deplorables y contrarios al designio de Dios. No podemos aceptarlo, no podemos ser indiferentes y debemos trabajar para evitarlo no solo cuando ocurre un alto número de asesinatos, sino cualquier asesinato, aunque sea solo uno. Es nuestro deber cristiano defender la vida, cada vida, y construir una sociedad basada en el respeto más alto a cada ser humano. Condenamos el atentado terrorista en París y nos solidarizamos con las víctimas y con sus familias. Pero condenemos también cada día los homicidios que tienen lugar en nuestro país, solidaricémonos también con las víctimas y sus familias, que son nuestros hermanos, nuestros prójimos.

Ante estos hechos de violencia homicida, demencial y horrible, tanto en Francia como en El Salvador, no nos dejemos aterrorizar, resistamos con decisión a la tentación del miedo y a la tentación de querer destruir al enemigo. Por el contrario, pidámosle a Dios que seamos capaces de construir paz y confianza recíproca. En estas situaciones es más necesario que nunca un mensaje de misericordia, es decir, de amor de Dios, que tiene como consecuencia el amor recíproco y la reconciliación; un mensaje de misericordia que nos haga capaces de buscar caminos de reconciliación y correr el riesgo de seguir amando sin condiciones, así como nos ama nuestro Dios.

P. Andreu Oliva, S. J.